

joven señora muy enferma, y que la dejó al paso en el convento de Soisy. Ricardo ignoraba aún la presencia de su mujer en el país cuando todos sus criados la sabían. No hay casa numerosa donde no sea así.

## XII

Al regresar á la quinta, tuvo la Sra. de Fénigan la sorpresa de no necesitar defenderse contra el ansia enamorada de su hijo; éste permanecía silencioso y triste, aunque volvió á ser el Ricardo de las veladas en común y de las partidas de ajedrez. Al jugar casi se tocaban sus frentes; pero; qué abismo entre sus pensamientos! «¿Qué le ha pasado? pensaba la madre.... Esa arruga entre los ojos, ese agitar de las ventanas de la nariz y luego su eterno tarareo.... Es un acceso de celos, tengo la seguridad de ello...¿ durará esto mucho tiempo? y Ricardo se decía: « Ha hecho bien en no traerla; mi herida está aún sangrando, es preferible esperar un poco. Nada más que el nombre de Carlejo evocado delante de mí y héteme arrebatado de nuevo. Si mi pobre amiga hubiera estado presente, la habría atormentado, sin lástima de su debilidad.



Sin embargo, al cabo de una semana de borrascas íntimas y de calmas, dijo un día á su madre que no había dejado de darle noticias de Lidia, como si aun estuviera en Quiberón :

— Ya estoy seguro de mí.... ¿Quieres que vayamos á buscarla ?

La Sra. de Fénigan contestó :

— No tendremos que ir muy lejos...

— ¿ Cómo ?

— En el coche... apenas media hora.

— ¿ Media hora de aquí á Quiberón ?.... No comprendo..

— Pero si Lidia está en el hospicio desde mi regreso... No te emociones tanto, niño grande... Engancharán después del almuerzo y esta noche traerás tu mujer al Pabellón. ¿ Estás contento ? ¿ Es eso ?

¿ Qué palabras, qué gritos hubieran podido describir la alegría inquieta de Ricardo Fénigan sentado junto á su madre en el coche que corría hacia Soisy, entre el bosque y el Sena ? Era un hermoso día de frío claro, de viento, sol y nieve al mismo tiempo ; y su pecho se henchía al recordar otras tardes semejantes pasadas en el locutorio de blancos revestimientos el invierno en que pretendió á Lidia. Lo mismo que hoy, el sol reverberaba sobre la nieve que el cierzo alzaba en

polvillo fino ; como hoy, faltaban palabras á su arrebató, y del cántico que todas las fibras de su ser entonaban, nada salía, nada se dejaba oír, sino los latidos del corazón, que marcaban el compás de su callada emoción. Diez años después, en aquel mismo camino, en aquel mismo paisaje enteramente blanco, su madre trataba de distraerle como entonces, hablando sola en el fondo del carruaje : « He hecho preparar el Pabellón. Comerán, ustedes dos solos en el estudio ; me ha parecido esto mejor para la primera vez. Mañana volveremos á la antigua vida, pues Lidia me lo ha rogado.. ¡ Hay en esta niña tanta delicada bondad ! ¡ Y tanta finura y distinción ! Empiezo á creer como Sor Marta que en ella existe verdadera nobleza de origen ; nació gran señora... ¡ Ah, hétenos en el hospicio ! »

El coche fué á colocarse delante de la puerta sin hacer ruido gracias á la capa de nieve que cubría el suelo. Al pie de la escalera esperaba Sor Marta.

— Esto nos remozó diez años, D. Ricardo, dijo la irlandesa con sus palabras y gestos apasionados ; Recuerda V. que yo le llevaba al locutorio ? Esta vez encontrará V. en su cuarto á nuestra querida hija. Su mamá y yo vendremos á verles dentro de un instante, al salir del cuarto de la superiora.



Ricardo, solo en el corredor, vaciló un momento. La emoción paralizaba sus menores movimientos. Desde el cuarto donde sin duda le esperaban, salió una voz que dijo antes de que él llamara : « adentro », una voz suave y dulce, por mucho tiempo no oída.

« Iré á su encuentro con los brazos abiertos y la estrecharé sobre mi corazón antes de decir una palabra ». He ahí lo que se había propuesto. También ella quería colgarse de su cuello y cerrarle la boca con un beso prolongado. Sin embargo, no ocurrió nada de lo proyectado, porque habían contado sin la huésped, como se dice vulgarmente, y aquí la huésped era la carne, la linda, sabrosa y detestable carne. Cuando él entró, estaba Lidia en pie delante de la ventana del fondo, iluminada por la blancura de la nieve. Su cuerpo se destacaba esbelto y armonioso sobre la blanca vidriera, envuelto en un vestido de lana rosada; su linda cabeza, que recibía por detrás la luz, parecía rodeada de finos y anillados rizos, y el gris nacarado de sus ojos se atenuaba. Ricardo se paró, lleno de extrañeza al encontrarla joven y hermosa como en sus más apasionados sueños, pero con una envoltura de gracia voluptuosa que no le conocía antes, adquirida fuera, tal vez en brazos del otro; un sabor perverso que lo atraía

y lo rechazaba al mismo tiempo, lo embriagaba de amor y de rabia loca.

Inmóvil á dos pasos de ella, pareciale que si se acercaba, si la tocaba, sus dedos se anudarían invenciblemente como un garrote vil en torno de aquel cuello de tórtola, para castigarla por las caricias del otro. Al mismo tiempo una atroz herida por debajo del corazón le advertía que el mal pasado le atacaba de nuevo, y experimentaba profundo pesar ante la imposibilidad de volver á empezar la vida común, puesto que el origen de la enfermedad era la misma belleza de su mujer y que al mirarla cada vez se enloquecería de celos. Todas estas sensaciones que cruzaban por él, rápidas y violentas, se resumían en un inmenso deseo de llorar. Así es que bajó la cabeza y dijo con voz sorda, temblándole el labio inferior : « Buenos días, Lidia ».

Y esto fué cuanto pudo encontrar en aquel minuto tan ansiado.

— Buenos días, Ricardo, contestó ella como un eco. Después un silencio, en que se oía el chisporroteo del carbón en la chimenea, la monotonía de un dictado que subía desde la clase de las mayores. De pronto, por el camino, ensordecido, alfombrado de nieve, oyeron un cornetín y un violín que al andar tocaron los primeros pasos



de una cuadrilla, desgarrando la atmósfera de angustia y embarazo que les oprimía.

— Una boda, murmuró Lidia maquinalmente; y Ricardo, acercándose con ella á la ventana, añadió: « ¿ Pero es sábado hoy? » El antiguo camino venía á ayudarles, como en otro tiempo, durante los noviazgos.

— Era sábado cuando mamá y yo volvimos de Bretaña.

La voz mamá, pronunciada cariñosamente por ella, fué muy dulce para Ricardo.

— Y me despertó un crin-crin de boda como ese. ¡ Qué placer tuve!

Ricardo, que contemplaba el desfile, dijo muy quedo, sin volver la cabeza: « ¿ Qué, no has olvidado nuestro camino de Corbeil? »

— Oh, no, contestó ella. Y mirando fuera á su vez, le enseñó á Saltacor el indio, que volvía de la estación con su hijo. Esta era otra de las figuras acostumbradas, el anciano guarda-bosque yendo todos los sábados en busca de su hijo á la estación, y volviendo al bosque, ya por Uzelles, ya por Soisy, según los criaderos que se proponía vigilar. El hijo pasaba el domingo en la Ermita, y el lunes por la mañana lo acompañaba su mujer, pues el guarda iba á dar cuenta del estado de las cosas. Nada más conmovedor que ver á aquellos

dos gigantes, andando uno junto á otro con arrogancia militar, hombro contra hombro y casi sin hablarse.

— ¿ Pero ha vuelto del regimiento el hijo de Saltacor?

Ricardo se llenó de desesperación al oír esta pregunta, que evocaba en sus inquietos pensamientos la imagen del príncipe, soldado en el mismo escuadrón que Eugenio. Apareciósele de pronto, con su talle elegante y su rizada y perversa cabeza; y de nuevo volvió á reinar entre marido y mujer profundo silencio. Por fortuna vino á distraerles otra silueta, la del tío Jorge, con su morral y su garrote, que estaba sentado al sol frente al hospicio, en un guardacantón de que quitó la nieve. Ricardo se extrañaba de que siendo tan viejo hubiera podido llegar hasta allí con un tiempo semejante.

— Parece, contestó Lidia, que ha adivinado mi presencia en la casa... Cada vez que levanto los visillos á estas horas, estoy segura de encontrarle en el mismo sitio.

— Es singular, en efecto, el afecto de buen perro viejo que ese mendigo parece tener por ti. Cuando te marchaste, todas las mañanas lo recogían embriagado delante de nuestra puerta. Me figuré que era de pena, y enternecido por esta idea, lo he



recogido en la casucha de orillas del río.

— ¿Y hacías esto mientras tenías tantos motivos para odiarme?... ¡Oh, Ricardo mío, qué bueno eres!

Conmovida, cogióle una mano para llevarla á sus labios; pero Ricardo la retiró con gesto brutal, de que se avergonzó en seguida, pidiéndole perdón en un sollozo: « ¡Oh, esposa mía!... » Ella contestó con un desgarrador lamento: « Ya sabía yo que no era posible.

Sí, sí... Te le prometo... pero más adelante. »

La Sra. de Fénigan y Sor Marta acababan de entrar. Una mirada bastó para que la madre comprendiese; pero la irlandesa, menos sagaz, exclamó alegremente: « He ahí á ese hombre ruin que viene á llevarse mi hija por segunda vez. » Lidia interrumpió muy de prisa: « No, hermana, no me iré por ahora. Ricardo le pide y yo se lo suplico, que me conserve todavía aquí algún tiempo.

— Mientras quieras, querida hija, contestó Sor Marta, con sus grandes ojos límpidos ensanchados por la sorpresa. Pero habrá dificultad para ocultarte; ya van las huérfanas por toda la casa y he tenido que poner en el secreto á varias hermanas.

— Tranquílcese V. Sor Marta, le dijo Ricardo, dejando percibir el esfuerzo doloroso que cada

palabra le costaba. No le pedimos sino unos cuantos días, lo menos posible... ¿no es cierto, Lidia?

— Sí, amigo mío, contestó vacilando la joven. Abajo una campana tocaba el fin de la clase. Del pequeño jardín salían gritos agudos, argentinas risotadas, que azotaban las vidrieras del cuarto á la vez que las ramas de un pino cargadas de nieve.

— Nuestras niñas van á rezar.... — Sor Marta hablaba á Ricardo y su madre; — si quieren ustedes librarse de las miradas y de las indiscreciones...

— Vámonos, dijo Ricardo con penoso acento. Tuvo un arranque hacia su mujer, el loco deseo de cogerle su cabecita con las manos; y ya ella acercaba su frente, cerraba sus párpados estremecidos, cuando su marido le dió sencillamente en señal de adiós sus calenturientas manos.

Las ventanas del Pabellón despedían resplandores en la extremidad del oscuro pasadizo, con el pálido reflejo de la nieve, en el suelo y en los árboles. Era la pequeña fiesta preparada para la reconciliación de los esposos y desde lejos pudieron verlo el hijo y la madre.

— No vayas allá, dijo la Sra. de Fénigan, sufrirías demasiado, y al mismo tiempo hacía entrar á



su hijo en la sala donde esperaba Napoleón Merivet, que la notaria había convidado aquella noche para no comer sola.

— ¿Bueno, y tu mujer? preguntó al infeliz el vejete, en pie delante de la chimenea donde humeaban sus botas mojadas.

— No he podido... No he podido, contestó Ricardo en voz baja y violentamente, mientras que un gesto de la madre pedía discreción á su vecino. Éste tenía por su parte graves quebraderos de cabeza, de que habló durante la comida. ¿No se habían imaginado el cura de Draveil y los concejales hacerle abrir por fuerza la Pequeña Capilla, que ya no era suya, pues la había regalado al municipio? Á lo cual contestaba el anciano Napoleón que como pagaba el sacristán y el capellán, tenía naturalmente derecho á designarlos. Mientras el abate Ceres fuese vicario de Draveil, ningún otro sacerdote diría misa en la iglesia del camino. Esto dió origen á negociaciones hipócritas del cura, que decía á los concejales: «¿Y se va á dejar Uzelles sin Dios mientras dure la penitencia de mi vicario?» Y los tontos del municipio caían en el lazo, sin ocurrírseles que todo el busilis era llevar algunos cuartos más á la limosnera ya bien provista del mal cura.

— Mas por el glorioso nombre que llevo, decía

Napoleón Merivet blandiendo su cuchillo de postres sobre la cabeza de sus vecinos, he de echarlo de aquí... Aunque tuviera que dirigirme al Soberano Pontífice, que tuvo á bien condecorarme con la orden de San Gregorio.

— Entretanto tiene V. que abrir la iglesia, interrumpió la Sra. de Fénigan, que se divertía al verlo furibundo.

— Se engaña V. Mañana por la mañana vendrá Molín el mampostero con unos cuantos hombres á quitar la nieve del campanario y hacer varias composiciones... La cosa durará, pues el tiempo está malo... y los obreros del campo trabajan poco... No acabarán de seguro antes de que mi querido vicario salga del convento de Trapenses. Y la indignación del vejete acabó con una franca y sonora carcajada.

La madre su fué á su cuarto y una vez solos los dos hombres, empezó entre ellos una de esas largas é íntimas confidencias que desde la conversación en el coto de la iglesia se habían convertido en costumbre. El más joven descubrió al otro su corazón, le refirió su debilidad, las torturas de la primera entrevista.

— Comprendí que si la traía íbamos á empezar una existencia horrorosa... sin embargo, la he perdonado y con todo mi corazón: ¿Qué es lo



que se subleva en mi pecho y no cede? ¡ Ay, amigo mío, usted no me dijo que era tan difícil!

Hablaba dando pasos, con frases violentas y gestos de sembrador. El anciano, también nervioso pero dueño de sí mismo, dispersaba el fuego: « Sé lo que eso es, porque lo he pasado... Cuando me volvió mi Irene, y cuando por la noche descubría en su rostro adormecido, aquí, por debajo de los ojos, en el ángulo de los labios, unas arruguitas pequeñas producidas lejos de mí como por mordidas de besos... si crees que no se me erizaban las carnes. Pero yo era guiado por una palabra robusta, por el guía y el director que tanto hubiera deseado para ti en estos dolorosos instantes. Ceres me hablaba con energía, con dureza, lo mismo que habría hecho contigo: « Sí, ha sido de otro; ya no es la mujer de un solo hombre; pero ¿ quién tiene la culpa? Tú que te quejas ¿ estás seguro de haberle sido siempre fiel, de haber sido el hombre de una sola mujer? »

Una música chillona, seguida por un tumulto de voces desbandadas, pasó en la noche algodonada y sorda.

— Es la boda que va á acostarse, dijo alegremente el viejo... Cuando pienso que á esta hora, tu mujer y tú, si hubieras querido!... Vamos, Ri-

cardo, déjate ser feliz, compra tu dicha en cambio de un poco de orgullo. Trata de calmarte para recobrar tu mujer y volver á hacerla tuya. Es cuestión de un abrazo.

Ricardo trató de seguir el consejo; pero en vano. En las crisis anteriores, cuando desaparecía la causa exterior y determinante, el mal se alejaba con ella. Ahora la belleza de Lidia era como un depósito que alimentaba sin descanso sus coléricos celos, agravándose á cada cita con la tentación continua, con la idea de que otro que no él, de que otros labios distintos de los suyos... « ¡ Ah! ¿ por qué haberme impedido matarlo?... Mientras viva, lo sentiré entre nosotros... » Este era el término de todas sus conversaciones, de las horas terribles que pasaba apoyado en las rodillas de su esposa, atormentándola con quejas, con reproches seguidos de prolongados silencios, en que resonaban las voces de las niñas y los ruidos familiares del camino de invierno, la campana del fabricante de aguardiente, el grito del jorobado: *Medias, medias y zapatos*, y el lento rechinar de las ruedas de una caravana, con sus cortinitas encarnadas y los hilitos de humo que salían de las ambulantes casitas de madera.

Sin embargo, había que resolverse. Lidia no



podía permanecer más tiempo fuera de su casa y tan cerca de ella.

— Voy á darles un consejo, dijo el anciano Merivet. Tengo que ir á pasar dos ó tres meses en Argelia para la liquidación de mis espartos... Lidia vendrá en ese tiempo á vivir con la Sra. de Fénigan, á ocupar de nuevo su puesto en el hogar, mientras yo me llevo á Ricardo. El viaje será un derivativo excelente. Esto es lo que siempre le ha faltado, pues ha vivido metido demasiado en sí mismo. Creo que al regreso estará curado; y en todo caso encontraremos aquí al abate Ceres, abierta la Pequeña Capilla, y si Ricardo quiere entrar en ella, se repetirá el milagro que he presenciado tantas veces.

— ¿Cuándo sale V.?

— Lo más pronto posible, mi querido amigo.

— Pues bien, mañana instalo á mi mujer en el Pabellón y pasaremos juntos un día; este será el supremo esfuerzo. Si no estoy contento de mí mismo, si la hago demasiado desdichada, al día siguiente estaré en su casa al amanecer, dispuesto para el viaje.

## XIII

Esta primera velada en el salón principal de la quinta, entre su marido y la que nunca llamaba ya sino su madre, fué para Lidia Fénigan de infinita dulzura. Cuando abrió el piano y sus largas manos blancas, persiguiéndose en el teclado, dieron vuelo á los primeros compases del canto divino de Pergoleso, cuyos bajos había entonado Ricardo con desesperación tantas veces durante su ausencia, la misma emoción les oprimió á todos la garganta; sentíanse unidos y amantes para siempre, convertidas sus almas á la piedad y al perdón. Fuera gemía en la oscuridad el cierzo, yendo á rechinar contra los vidrios paquetes de menuda nieve. Nunca había gustado como esta noche el encanto del hogar aquella cabecilla aventurera y vagabunda de Lidia; pareciale que se despertaba de una pesadilla y que volvía á empezar la vida, una vida feliz y sencilla, refugiada